14

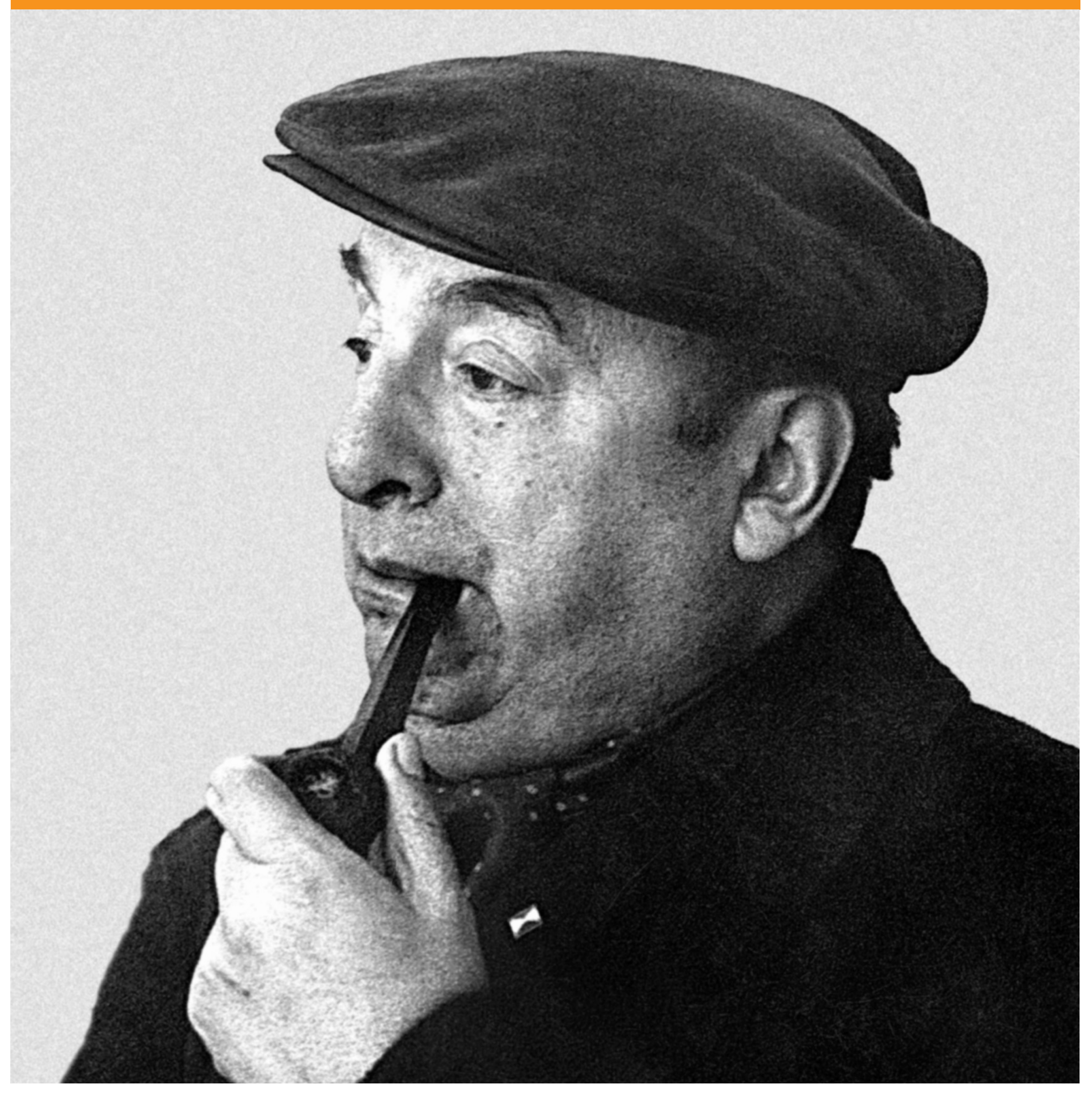
DISCURSOS

QUE CAMBIARON LA HISTORIA

Pablo Neruda

RECEPCIÓN DEL PREMIO NOBEL

DISCURSO AL ALIMÓN



Página/12

ARTE POÉTICA

Entre sombra y espacio, entre guarniciones y doncellas,
dotado de corazón singular y sueños funestos,
precipitadamente pálido, marchito en la frente
y con luto de viudo furioso por cada día de vida,
ay, para cada agua invisible que bebo soñolientamente
y de todo sonido que acojo temblando,
tengo la misma sed ausente y la misma fiebre fría
un oído que nace, una angustia indirecta,
como si llegaran ladrones o fantasmas,
y en una cáscara de extensión fija y profunda,
como un camarero humillado,
como una campana un poco ronca,
como un espejo viejo, como un olor de casa sola
en la que los huéspedes entran de noche perdidamente ebrios,
y hay un olor de ropa tirada al suelo, y una ausencia de flores
–posiblemente de otro modo aún menos melancólico–,
pero, la verdad, de pronto, el viento que azota mi pecho,
las noches de substancia infinita caídas en mi dormitorio,
el ruido de un día que arde con sacrificio
me piden lo profético que hay en mí, con melancolía
y un golpe de objetos que llaman sin ser respondidos
ay, y un movimiento sin tregua, y un nombre confuso.

De *Residencia en la tierra*

Discursos que cambiaron la historia / compilado por Liliana Viola.
1a ed. - Buenos Aires : La Página, 2007.
16 p. ; 28x20 cm.
ISBN 978-987-503-456-3
1. Política Argentina. I. Viola, Liliana, comp.
CDD 320.82
Fecha de catalogación: 05/09/2007

Dirección general: Hugo Soriani
Autora: Liliana Viola
Rumbo de diseño: Alejandro Ros
Diagramación: Juliana Rosato
Coordinación general: Víctor Vigo

Los discursos de esta colección han sido tomados de *Los discursos del poder,* de Liliana Viola. Ed. Norma, Bs. As., 2001.



PABLO NERUDA CONOCE A GARCÍA LORCA Y JUNTOS DAN EL DISCURSO AL ALIMÓN

Hacia el año 1933, Pablo Neruda, enviado al Consulado de Chile en Buenos Aires, conoce a Federico García Lorca.

El Pen Club Argentino organizó un banquete de homenaje a ambos poetas que ellos agradecen con este discurso hecho a dúo, conocido como el Discurso al alimón, donde se refieren a Rubén Darío, "el padre americano de la lírica hispánica de este siglo."

Neruda recordó al respecto años más tarde: "Tanto García Lorca como yo, sin que se nos pudiera sospechar de modernistas, celebrábamos a Rubén Darío como uno de los grandes creadores del lenguaje poético en el idioma español".

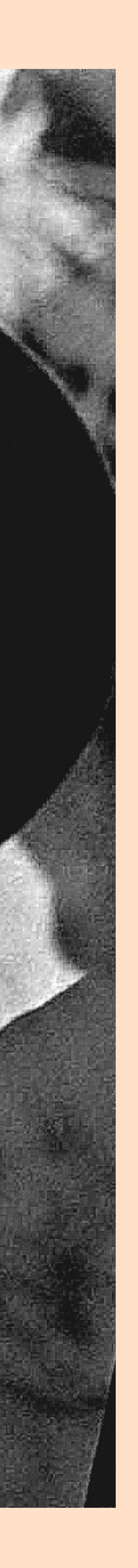
PABLO NERUDA RECIBE EL PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Al fin de su carrera y dos años antes de morir, Neruda recibió en Estocolmo el Premio Nobel de Literatura.

En 1971, la Academia sueca señaló que el premio respondía a "una poesía que con la acción de una fuerza elemental da vida al destino de un continente y a sus sueños".

El discurso de Neruda que va uniendo realidad política de su país con su propia escritura da cuenta de una idea que expresan sus obras y que él mismo resumió así: "Los poetas tenemos el derecho de ser felices, sobre la base de que estamos férreamente unidos a nuestros pueblos y a la lucha por su felicidad".





DISCURSO DE PABLO NERUDA EN OCASIÓN DE LA RECEPCIÓN DEL PREMIO NOBEL DE LITERATURA

Mi discurso será una larga travesía, un viaje mío por regiones, lejanas y antípodas, no por eso menos semejantes al paisaje y a las soledades del norte. Hablo del extremo sur de mi país. Tanto y tanto nos alejamos los chilenos hasta tocar con nuestros limites el Polo Sur, que nos parecemos a la geografía de Suecia, que roza con su cabeza el norte nevado del planeta.

Por allí, por aquellas extensiones de mi patria adonde me condujeron acontecimientos ya olvidados en sí mismos, hay que atravesar, tuve que atravesar los Andes buscando la frontera de mi país con Argentina. Grandes bosques cubren como un túnel las regiones inaccesibles y como nuestro camino era oculto y vedado, aceptábamos tan sólo los signos más débiles de la orientación. No había huellas, no existían senderos y con mis cuatro compañeros a caballo buscábamos en ondulante cabalgata –eliminando los obstáculos de poderosos árboles, imposibles ríos, roqueríos inmensos, desoladas nieves, adivinando más bien el derrotero de mi propia libertad–. Los que me acompañaban conocían la orientación, la posibilidad entre los grandes follajes, pero para saberse más seguros montados en sus caballos marcaban de un machetazo aquí y allá las cortezas de los grandes árboles, dejando huellas que los guiarían en el regreso, cuando me dejaran solo con mi destino. Cada uno avanzaba embargado en aquella soledad sin márgenes, en aquel silencio verde y blanco, los árboles, las grandes enredaderas, el humus depositado por centenares de años, los troncos semiderribados que de pronto eran una barrera más en nuestra marcha. Todo era a la vez una naturaleza deslumbradora y secreta y a la vez una creciente amenaza de frío, nieve, persecución. Todo se mezclaba: la soledad, el peligro, el silencio y la urgencia de mi misión. A veces seguíamos una huella delgadísima, dejada quizás por contrabandistas o delincuentes comunes fugitivos, e ignorábamos si muchos de ellos habían perecido, sorprendidos de repente por las glaciales manos del invierno, por las tormentas tremendas de nieve que, cuando en los Andes se descargan, envuelven al viajero, lo hunden bajo siete pisos de blancura.

A cada lado de la huella contemplé, en aquella salvaje desolación, algo como una construcción humana. Eran trozos de ramas acumulados que habían soportado muchos inviernos, vegetal ofrenda de centenares de viajeros, altos cúmulos de madera para recordar a los caídos, para hacer pensar en los que no pudieron seguir y quedaron allí para siempre debajo de las nieves. También mis compañeros cortaron con sus machetes las ramas que nos tocaban las cabezas y que descendían sobre nosotros desde la altura de las coníferas inmensas, desde los robles cuyo último follaje palpitaba antes de las tempestades del invierno. Y también yo fui dejando en cada túmulo un recuerdo, una tarjeta de madera, una rama cortada del bosque para adornar las tumbas de uno y otro de los viajeros desconocidos.

Teníamos que cruzar un río. Esas pequeñas vertientes nacidas en las cumbres de los Andes se precipitan, descargan su fuerza vertiginosa y atropelladora, se tornan en cascadas, rompen tierras y rocas con la energía y la velocidad que trajeron de las alturas insignes; pero esa vez encontramos un

remanso, un gran espejo de agua, un vado. Los caballos entraron, perdieron pie y nadaron hacia la otra ribera. Pronto mi caballo fue sobrepasado casi totalmente por las aguas, yo comencé a mecerme sin sostén, mis pies se afanaban al garete mientras la bestia pugnaba por mantener la cabeza al aire libre. Así cruzamos. Y apenas llegados a la otra orilla, los baqueanos, los campesinos que me acompañaban me preguntaron con cierta sonrisa:

–¿Tuvo mucho miedo?

–Mucho. Creí que había llegado mi última hora –dije.

–Ibamos detrás de usted con el lazo en la mano –me respondieron.

–Ahí mismo –agregó uno de ellos– cayó mi padre y lo arrastró la corriente. No iba a pasar lo mismo con usted.

Seguimos hasta entrar en un túnel natural que tal vez abrió en las rocas imponentes un caudaloso río perdido, o un estremecimiento del planeta que dispuso en las alturas aquella obra, aquel canal rupestre de piedra socavada, de granito, en el cual penetramos. A los pocos pasos las cabalgaduras resbalaban, trataban de afincarse en los desniveles de piedra, se doblegaban sus patas, estallaban chispas en las herraduras: más de una vez me vi arrojado del caballo y tendido sobre las rocas. La cabalgadura sangraba de narices y patas, pero proseguimos empecinados el vasto, el espléndido, el difícil camino.

Algo nos esperaba en medio de aquella selva salvaje. Súbitamente, como singular visión, llegamos a una pequeña y esmerada pradera acurrucada en el regazo de las montañas: agua clara, prado verde, flores silvestres, rumor de ríos y el cielo azul arriba, generosa luz ininterrumpida por ningún follaje.

Allí nos detuvimos como dentro de un círculo mágico, como huéspedes de un recinto sagrado: y mayor condición de sagrada tuvo aun la ceremonia en la que participé. Los vaqueros bajaron de sus cabalgaduras. En el centro del recinto estaba colocada, como en un rito, una calavera de buey. Mis compañeros se acercaron silenciosamente, uno por uno, para dejar unas monedas y algunos alimentos en los agujeros de hueso. Me uní a ellos en aquella ofrenda destinada a toscos Ulises extraviados, a fugitivos de todas las raleas que encontrarían pan y auxilio en las órbitas del toro muerto. Pero no se detuvo en este punto la inolvidable ceremonia. Mis rústicos amigos se despojaron de sus sombreros e iniciaron una extraña danza, saltando sobre un solo pie alrededor de la calavera abandonada, repasando la huella circular dejada por tantos bailes de otros que por allí cruzaron antes. Comprendí entonces de una manera imprecisa, al lado de mis impenetrables compañeros, que existía una comunicación de desconocido a desconocido, que había una solicitud, una petición y una respuesta aún en las más lejanas y apartadas soledades de este mundo.

Más lejos, ya a punto de cruzar las fronteras que me alejarían por muchos años de mi patria, llegamos de noche a las últimas gargantas de las montañas. Vimos de pronto una luz encendida que era indicio cierto de habitación humana y, al acercarnos, hallamos unas desvencijadas construcciones, unos destartalados galpones al parecer vacíos. Entramos a uno de ellos y vimos, al calor de la lumbre, grandes troncos encendidos en el centro de la habitación, cuerpos de árboles gigantes que allí ardían de día y de noche y que dejaban escapar por las hendiduras del techo el humo que vagaba en medio de las tinieblas como un profundo velo azul. Vimos montones de quesos acumulados por quienes los cuajaron a aquellas alturas. Cerca del fuego, agrupados como sacos, yacían algunos hombres.

Distinguimos en el silencio las cuerdas de una guitarra y las palabras de una canción que, naciendo de las brasas y la oscuridad, nos traía la primera voz humana que habíamos topado en el camino. Era una canción de amor y de distancia, un lamento de amor y de nostalgia dirigido hacia la primavera lejana, hacia las ciudades de donde veníamos, hacia la infinita extensión de la vida.

Ellos ignoraban quiénes éramos, ellos nada sabían del fugitivo, ellos no conocían mi poesía, ni mi nombre. ¿O lo conocían, nos conocían? El hecho real fue que junto a aquel fuego cantamos y comimos, y luego caminamos dentro de la oscuridad hacia unos cuartos elementales. A través de ellos pasaba una corriente termal, agua volcánica donde nos sumergimos, calor que se desprendía de las cordilleras y nos acogió en su seno.

Chapoteamos gozosos, cavándonos, limpiándonos el peso de la inmensa cabalgata. Nos sentimos frescos, renacidos, bautizados, cuando al amanecer emprendimos los últimos kilómetros de jornadas que me separarían de aquel eclipse de mi patria. Nos alejamos cantando sobre nuestras cabalgaduras, plenos de un aire nuevo, de un aliento que nos empujaba al gran camino del mundo que me estaba esperando. Cuando quisimos dar (lo recuerdo vivamente) a los montañeses algunas monedas de recompensa por las canciones, por los alimentos, por las aguas termales, por el techo y los lechos, vale decir, por el inesperado amparo que nos salió al encuentro, ellos rechazaron nuestro ofrecimiento sin un ademán. Nos habían servido y nada más. Y en ese nada más, en ese silencioso nada más, había muchas cosas subentendidas, tal vez el reconocimiento, tal vez los mismos sueños.

Señoras y señores: Yo no aprendí en los libros ninguna receta para la composición de un poema; y no dejaré impreso a mi vez ni siquiera un consejo, modo o estilo para que los nuevos poetas reciban de mí alguna gota de supuesta sabiduría. Si he narrado en este discurso ciertos sucesos del pasado, si he revivido un nunca olvidado relato en esta ocasión y en este sitio tan diferentes a lo acontecido, es porque en el curso de mi vida he encontrado siempre en alguna parte la aseveración necesaria, la fórmula que me aguardaba, no para endurecerse en mis palabras sino para explicarme a mí mismo.

En aquella larga jornada encontré las dosis necesarias a la formación del poema. Allí me fueron dadas las aportaciones de la tierra y del alma. Y pienso que la poesía es una acción pasajera o solemne en que entran por parejas medidas la soledad y la solidaridad, el sentimiento y la acción, la intimidad de uno mismo, la intimidad del hombre y la secreta revelación de la naturaleza. Y pienso con no menor fe que todo está sostenido –el hombre y su sombra, el hombre y su actitud, el hombre y su poesía– en una comunidad cada vez más extensa, en un ejercicio que integrará para siempre en nosotros la realidad y los sueños, porque de tal manera los une y los confunde. Y digo de igual modo que no sé, después de tantos años, si aquellas lecciones que recibí al cruzar un vertiginoso río, al bailar alrededor del cráneo de una vaca, al bañar mi piel en el agua purificadora de las más altas regiones, digo que no sé si aquello salía de mí mismo para comunicarse después con muchos otros seres, o era el mensaje que los demás hombres me enviaban como exigencia o emplazamiento. No sé si aquello lo viví o lo escribí, no sé si fueron verdad o poesía, transición o eternidad los versos que experimenté en aquel momento, las experiencias que canté más tarde.

De todo ello, amigos, surge una enseñanza que el poeta debe aprender

de los demás hombres. No hay soledad inexpugnable. Todos los caminos llevan al mismo punto: a la comunicación de lo que somos. Y es preciso atravesar la soledad y la aspereza, la incomunicación y el silencio para llegar al recinto mágico en que podemos danzar torpemente o cantar con melancolía; mas en esa danza o en esa canción están consumados los más antiguos ritos de la conciencia: de la conciencia de ser hombres y de creer en un destino común.

En verdad, si bien alguna o mucha gente me consideró un sectario, sin posible participación en la mesa común de la amistad y de la responsabilidad, no quiero justificarme, no creo que las acusaciones ni las justificaciones tengan cabida entre los deberes del poeta. Después de todo, ningún poeta administró la poesía, y si alguno de ellos se detuvo a acusar a sus semejantes, o si otro pensó que podría gastarse la vida defendiéndose de recriminaciones razonables o absurdas, mi convicción es que sólo la vanidad es capaz de desviarnos hasta tales extremos. Digo que los enemigos de la poesía no están entre quienes la profesan o resguardan, sino en la falta de concordancia del poeta. De ahí que ningún poeta tenga más enemigo esencial que su propia incapacidad para entenderse con los más ignorados y explotados de sus contemporáneos; y esto rige para todas las épocas y para todas las tierras.

El poeta no es un pequeño dios. No, no es un pequeño dios. No está signado por un destino cabalístico superior al de quienes ejercen otros menesteres y oficios. A menudo expresé que el mejor poeta es el hombre que nos entrega el pan de cada día: el panadero más próximo, que no se cree dios. El cumple su majestuosa y humilde faena de amasar, meter al horno, dorar y entregar el pan de cada día, con una obligación comunitaria. Y si el poeta llega a alcanzar esa sencilla conciencia, podrá también la sencilla conciencia convertirse en parte de una colosal artesanía, de una construcción simple o complicada, que es la construcción de la sociedad, la transformación de las condiciones que rodean al hombre, la entrega de la mercadería: pan, verdad, vino, sueños. Si el poeta se incorpora a esa nunca gastada lucha por consignar cada uno en manos de los otros su ración de compromiso, su dedicación y su ternura al trabajo común de cada día y de todos los hombres, el poeta tomará parte en el sudor, en el pan, en el vino, en el sueño de la humanidad entera. Sólo por ese camino inalienable de ser hombres comunes llegaremos a restituirle a la poesía el anchuroso espacio que le van recortando en cada época, que le vamos recortando en cada época nosotros mismos.

Los errores que me llevaron a una relativa verdad, y las verdades que repetidas veces me condujeron al error, unos y otras no me permitieron –ni yo lo pretendí nunca– orientar, dirigir, enseñar lo que se llama el proceso creador, los vericuetos de la literatura. Pero sí me di cuenta de una cosa: de que nosotros mismos vamos creando los fantasmas de nuestra propia mitificación. De la argamasa de lo que hacemos, o queremos hacer, surgen más tarde los impedimentos de nuestro propio y futuro desarrollo. Nos vemos indefectiblemente conducidos a la realidad y al realismo, es decir, a tomar una conciencia directa de lo que nos rodea y de los caminos de la transformación, y luego comprendemos, cuando parece tarde, que hemos construido una limitación tan exagerada que matamos lo vivo en vez de conducir la vida a desenvolverse y florecer. Nos imponemos un realismo que posteriormente nos resulta más pesado que el ladrillo de las construcciones, sin que por ello hayamos erigido el edificio que contem-

plábamos como parte integral de nuestro deber. Y en sentido contrario, si alcanzamos a crear el fetiche de lo incomprensible (o de lo comprensible para unos pocos), el fetiche de lo selecto y de lo secreto, si suprimimos la realidad y sus degeneraciones realistas, nos veremos de pronto rodeados de un terreno imposible, de un tembladeral de hojas, de barro, de libros, en que se hunden nuestros pies y nos ahoga una incomunicación opresiva.

En cuanto a nosotros en particular, escritores de la vasta extensión americana, escuchamos sin tregua el llamado para llenar ese espacio enorme con seres de carne y hueso. Somos conscientes de nuestra obligación de pobladores y al mismo tiempo que nos resulta esencial el deber de una comunicación crítica en un mundo deshabitado y, no por deshabitado, menos lleno de injusticias, castigos y dolores, sentimos también el compromiso de recobrar los antiguos sueños que duermen en las estatuas de piedra, en los antiguos monumentos destruidos, en los anchos silencios de pampas planetarias, de selvas espesas, de ríos que cantan como sueños. Necesitamos colmar de palabras los confines de un continente mudo y nos embriaga esta tarea de fabular y de nombrar. Tal vez ésa sea la razón determinante de mi humilde caso individual: y en esa circunstancia mis excesos, o mi abundancia, o mi retórica, no vendrían a ser sino actos, los más simples, del menester americano de cada día. Cada uno de mis versos quiso instalarse como un objeto palpable; cada uno de mis poemas pretendió ser un instrumento útil de trabajo; cada uno de mis cantos aspiró a servir en el espacio como signos de reunión donde se cruzaron los caminos, o como fragmento de piedra o de madera con que alguien, otros que vendrán, pudieran depositar los nuevos signos.

Extendiendo estos deberes del poeta, en la verdad o en el error, hasta sus últimas consecuencias, decidí que mi actitud dentro de la sociedad y ante la vida debía ser también humildemente partidaria. Lo decidí viendo gloriosos fracasos, solitarias victorias, derrotas deslumbrantes. Comprendí, metido en el escenario de las luchas de América, que mi misión humana no era otra sino agregarme a la extensa fuerza del pueblo organizado, agregarme con sangre y alma, con pasión y esperanza, porque sólo de esa henchida torrentera pueden nacer los cambios necesarios a los escritores y a los pueblos. Y aunque mi posición levantara o levante objeciones amargas o amables, lo cierto es que no hallo otro camino para el escritor de nuestros anchos y crueles países, si queremos que florezca la oscuridad, si pretendemos que los millones de hombres que aún no han aprendido a leernos ni a leer, que todavía no saben escribir ni escribirnos, se establezcan en el terreno de la dignidad sin la cual no es posible ser hombres integrales.

Heredamos la vida lacerada de los pueblos que arrastran un castigo de siglos, pueblos los más edénicos, los más puros, los que construyeron con piedras y metales torres milagrosas, alhajas de fulgor deslumbrante; pueblos que de pronto fueron arrasados y enmudecidos por las épocas terribles del colonialismo que aún existe.

Nuestras estrellas primordiales son la lucha y la esperanza. Pero no hay lucha ni esperanza solitarias. En todo hombre se juntan las épocas remotas, la inercia, los errores, las pasiones, las urgencias de nuestro tiempo, la velocidad de la historia. Pero, ¿qué sería de mí si yo, por ejemplo, hubiera contribuido en cualquiera forma al pasado feudal del gran continente americano? ¿Cómo podría yo levantar la frente, iluminada por el honor que Suecia me ha otorgado, si no me sintiera orgulloso de haber tomado una mínima parte en la transformación actual de mi país? Hay que mirar

el mapa de América, enfrentarse a la grandiosa diversidad, a la generosidad cósmica del espacio que nos rodea, para entender que muchos escritores se niegan a compartir el pasado de oprobio y de saqueo que oscuros dioses destinaron a los pueblos americanos.

Yo escogí el difícil camino de una responsabilidad compartida y, antes de reiterar la adoración hacia el individuo como sol central del sistema, preferí entregar con humildad mi servicio a un considerable ejército que a trechos puede equivocarse, pero que camina sin descanso y avanza cada día enfrentándose tanto a los anacrónicos recalcitrantes como a los infatuados impacientes. Porque creo que mis deberes de poeta no sólo me indicaban la fraternidad con la rosa y la simetría, con el exaltado amor y con la nostalgia infinita, sino también con las ásperas tareas humanas que incorporé a mi poesía.

Hace hoy cien años exactos, un pobre y espléndido poeta, el más atroz de los desesperados, escribió esta profecía: "A l'aurore, armés d'une ardente patience, nous entrerons aux splendides villes" ("Al amanecer, armados de una ardiente paciencia, entraremos en las espléndidas ciudades").

Yo creo en esa profecía de Rimbaud, el vidente. Yo vengo de una oscura provincia, de un país separado de todos los otros por la tajante geografía. Fui el más abandonado de los poetas y mi poesía fue regional, dolorosa y lluviosa. Pero tuve siempre confianza en el hombre. No perdí jamás la esperanza. Por eso tal vez he llegado hasta aquí con mi poesía, y también con mi bandera.

En conclusión, debo decir a los hombres de buena voluntad, a los trabajadores, a los poetas, que el entero porvenir fue expresado en esa frase de Rimbaud: sólo con una ardiente paciencia conquistaremos la espléndida ciudad que dará luz, justicia y dignidad a todos los hombres.

Así la poesía no habrá cantado en vano.

DISCURSO AL ALIMÓN

(HONOR A RUBÉN DARÍO)

Pablo Neruda: Señoras...

Federico García Lorca: y señores: Existe en la fiesta de los toros una suerte llamada “toreo al alimón” en que dos toreros hurtan su cuerpo al toro cogidos de la misma capa.

P. N.: Federico y yo, amarrados por un alambre eléctrico, vamos a parear y a responder esta recepción muy decisiva.

F. G. L.: Es costumbre en estas reuniones que los poetas muestren su palabra viva, plata o madera, y saluden con su voz propia a sus compañeros y amigos.

P. N.: Pero nosotros vamos a establecer entre vosotros un muerto, un comensal viudo, oscuro en las tinieblas de una muerte más grande que otras muertes, viudo de la vida, de quien fuera en su hora marido deslumbrante. Nos vamos a esconder bajo su sombra ardiendo, vamos a repetir su nombre hasta que su poder salte del olvido.

F. G. L.: Nosotros vamos, después de enviar nuestro abrazo con ternura de pingüino al delicado poeta Amado Villar, vamos a lanzar un gran nombre sobre el mantel, en la seguridad de que se han de romper las copas, han de saltar los tenedores, buscando el ojo que ellos ansían y un golpe de mar ha de manchar los manteles. Nosotros vamos a nombrar al poeta de América y de España: Rubén...

P. N.: Darío. Porque, señoras...

F. G. L.: y señores...

P. N.: ¿Dónde está, en Buenos Aires, la plaza de Rubén Darío?

F. G. L.: ¿Dónde está la estatua de Rubén Darío?

P. N.: El amaba los parques. ¿Dónde está el parque Rubén Darío?

F. G. L.: ¿Dónde está la tienda de rosas de Rubén Darío?

P. N.: ¿Dónde están el manzano y las manzanas de Rubén Darío?

F. G. L.: ¿Dónde está la mano cortada de Rubén Darío?

P. N.: ¿Dónde está el acento, la resina, el cisne de Rubén Darío?

F. G. L.: Rubén Darío duerme en su “Nicaragua natal” bajo su espantoso león de marmolina, como esos leones que los ricos ponen en los portales de sus casas.

P. N.: Un león de botica, a él, fundador de leones, un león sin estrellas a quien dedicaba estrellas.

F. G. L.: Dio el rumor de la selva con un adjetivo, y como fray Luis de Granada, jefe de idioma, hizo signos estelares con el limón, y la pata de ciervo, y los moluscos llenos de terror e infinito: nos puso al mar con fragatas y sombras en las niñas de nuestros ojos y construyó un enorme paseo de Gin sobre la tarde más gris que ha tenido el cielo, y saludó de tú a tú el ábrego oscuro, todo pecho, como un poeta romántico, y puso la mano sobre el capitel corintio con una duda irónica y triste, de todas las épocas.

P. N.: Merece su nombre rojo recordarlo en sus direcciones esenciales con sus terribles dolores del corazón, su incertidumbre incandescente, su descenso a los hospitales del infierno, su subida a los castillos de la fama, sus atributos de poeta grande, desde entonces y para siempre e imprescindible.

F. G. L.: Como poeta español enseñó en España a los viejos maestros y a los niños, con un sentido de universalidad y de generosidad que hace falta en los poetas actuales. Enseñó a Valle Inclán y a Juan

Ramón Jiménez, y a los hermanos Machado, y su voz fue agua y salitre, en el surco del venerable idioma. Desde Rodrigo Caro a los Argensolas o don Juan Arguijo no había tenido el español fiestas de palabras, choques de consonantes, luces y forma como en Rubén Darío. Desde el paisaje de Velázquez y la hoguera de Goya y desde la melancolía de Quevedo al culto color manzana de las payesas mallorquinas, Darío paseó la tierra de España como su propia tierra.

P. N.: Lo trajo a Chile una marea, el mar caliente del Norte, y lo dejó allí el mar, abandonado en costa dura y dentada, y el océano lo golpeaba con espumas y campanas, y el viento negro de Valparaíso lo llenaba de sal sonora. Hagamos esta noche su estatua con el aire, atravesada por el humo y la voz y por las circunstancias, y por la vida, como ésta su poética magnífica, atravesada por sueños y sonidos.

F. G. L.: Pero sobre esta estatua de aire yo quiero poner su sangre como un ramo de coral, agitado por la marea, sus nervios idénticos a la fotografía de un grupo de rayos, su cabeza de minotauro, donde la nieve gongorina es pintada por un vuelo de colibrís, sus ojos vagos y ausentes de millonario de lágrimas, y también sus defectos. Las estanterías comidas ya por los jaramagos, donde suenan vacíos de flauta, las botellas de coñac de su dramática embriaguez, y su mal gusto encantador, y sus ripios descarados que llenan de humanidad la muchedumbre de sus versos. Fuera de normas, formas y escuelas, queda en pie la fecunda sustancia de su gran poesía.

P. N.: Federico García Lorca, español, y yo, chileno, declinamos la responsabilidad de esta noche de camaradas, hacia esa gran sombra que cantó más altamente que nosotros, y saludó con voz inusitada a la tierra argentina que pisamos.

F. G. L.: Pablo Neruda, chileno, y yo, español, coincidimos en el idioma y en el gran poeta, nicaragüense, argentino, chileno y español, Rubén Darío.

P. N. y F. G. L.: Por cuyo homenaje y gloria levantamos nuestro vaso.

EL PERSONAJE

El verdadero nombre

El verdadero nombre era Ricardo Eliecer Neftalí Reyes Basoalto. Del checo Jan Neruda tomó el apellido para su seudónimo “Pablo Neruda”, con el que firmó sus primeros trabajos. Lo adoptó por primera vez para firmar un texto sobre el asalto a la Federación de Estudiantes. Desde 1946 se llamó oficialmente “Pablo Neruda”.

Mi infancia son zapatos mojados,
troncos rotos caídos en la selva,
devorados por lianas
y escarabajos,
dulces días sobre la avena,
y la barba dorada de mi padre saliendo
hacia la majestad de los ferrocarriles.
(“Canto general”)

1904 Nace en 1904 en Parral, sur de Chile, y se cría en el centro provincial de Temuco. Su padre viudo se casa con la que en el Memorial de Isla Negra nombra afectuosamente con el chilenismo de “mamadre”.

1917 A los 13 años publica en el diario *La Mañana* de Temuco su primer artículo: “Entusiasmo y perseverancia”. Firma como Neftalí Reyes.

1918 Publica sus primeros poemas en la revista *Corre-Vuela*, de Santiago. El primero se titula «Mis ojos»; tres más aparecerán ese año en otras revistas de Temuco.

1919 Sigue publicando poemas en *Corre-Vuela*. Colaboraciones en *Selva Oscura*, de Temuco, y otras revistas de Chillán y Valdivia, usa diversos seudónimos. Participa en concursos literarios; obtiene un premio en Maule. Es corresponsal de la revista anarquista *Claridad*.

1920 Finaliza sus estudios en el Liceo de Temuco. Prepara dos libros de poesía, *Las ínsulas extrañas* y *Los cansancios inútiles*, que no publicará pero cuyos poemas se integrarán parcialmente en libros posteriores como *Crepusculario*.

1921 Llega a Santiago.
Santiago según Neruda:
“Cuando llegué a Santiago, en marzo de 1921, para incorporarme a la universidad, la capital chilena no tenía más de quinientos mil habitantes. Olía a gas y a café. Miles de casas estaban ocupadas por gentes desconocidas y por chinches. El transporte en las calles lo hacían los pequeños y destartalados tranvías...”.

Comienza la carrera de profesor de francés en el Instituto Pedagógico. Conoce a Alberto Rojas Jiménez, Aliro Oyarzun y Joaquín Cifuentes Sepúlveda. Comienza a integrar el ambiente literario de la capital. Lecturas de poetas franceses y pensadores como Marx, Schopenhauer y Nietzsche. En octubre obtiene el premio del concurso de la Federación de Estudiantes de Chile con el poema «La canción de la fiesta», publicado en *Juventud*, revista de la Federación de Estudiantes.

1922 Primeras lecturas en público de sus poemas. Colaboraciones en varias revistas. En las aulas inicia una amistad con su compañera de curso, Albertina Azócar Soto. Albertina Rosa fue el amor “sin palabras... el frenesí de las palpitaciones... un golpe en el rosal”. A ella le escribiría cerca de ciento diez cartas y una veintena de los más famosos poemas de la primera etapa.

1923 Abandona sus estudios para dedicarse por completo a la poesía. Publica su primer libro: *Crepusculario* (Ediciones Claridad). Composiciones sueltas en distintas revistas, como *Dionysios*. Algunas figurarán en el libro *El hondero entusiasta*, que publicará diez años más tarde. Otras, como el poema «Tristeza a la orilla de la noche», se convertirán en el poema XX de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

1924 Publica la edición original de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, en la editorial Nascimento de Santiago, libro por el que obtiene fama en el ambiente poético chileno. Traduce y edita a Anatole France.

1925 Colabora en distintas revistas y periódicos chilenos; en *Claridad* publica “Galope muerto”, primer poema de *Residencia en la tierra*; y en la editorial Nascimento, “Tentativa del hombre infinito”. Dirige la revista *Caballo de Bastos*. Junto a Tomás Lago y Orlando Oyarzún se autoexilia en la isla de Chiloé.

1926 Edición de *Anillos*, en colaboración con Tomás Lago, y de *El habitante y su esperanza* (Ed. Nascimento). Intenta situarse en la vanguardia literaria. Se publica la edición definitiva de *Crepusculario*. Traducciones de Rilke.

1927 Es nombrado por el servicio exterior chileno cónsul honorario en Rangún, Birmania. Embarca en Buenos Aires en el buque Baden, junto a Álvaro Hinojosa. Su trabajo consistía en firmar y timbrar documentos una vez cada tres meses, cuando llegaban desde Calcuta la parafina y los cajones de té para Chile. Conoce en París a César Vallejo. Entra en contacto con Rafael Alberti y publica algunos poemas en España en *El Sol* y *Revista de Occidente*. Envía crónicas a *La Nación*, de Santiago. En Birmania conoce a la que será su compañera, Josie Bliss, a quien dedica el poema “Tango del viudo”.

1928 Es trasladado a Colombo, Ceilán, como cónsul, donde escribirá gran parte de su *Residencia en la tierra*.

1929 Viaje a la India, al Congreso Panhindú de Calcuta; allí conoce a Gandhi y a Nerhu. Del primero diría en sus memorias: “Gandhi: una cara fina de sagacísimo zorro; un hombre práctico; un político parecido a nuestros viejos dirigentes criollos; maestro en comités, sabio en tácticas, infatigable”.

1930 Es trasladado como cónsul a Batavia, en la isla de Java. El 6 de diciembre se casa con la javanesa de origen holandés María Antonieta Agenaar Vogelzanz. Publica por entonces su poesía en *Revista de Occidente* en España.

1931 Es nombrado cónsul en Singapur.

1932 Regresa a Chile después de dos meses de viaje por mar. Reanuda sus publicaciones con la segunda edición corregida de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

1933 Se edita *El hondero entusiasta*, escrito unos años antes. La editorial Nascimento de Santiago publica la primera versión de *Residencia en la tierra* (1925-1931). En agosto viaja a la Argentina como cónsul de Chile en Buenos Aires; casi al mismo tiempo llega a la ciudad Federico García Lorca, que viaja para el estreno de *Bodas de sangre*. En un banquete ofrecido por el Pen Club, leen el famoso Discurso al alimón en honor de Rubén Darío, metáfora del mundo de los toros para puntualizar la sintonía entre los dos oradores.

1934 Viaja a Barcelona, donde ha sido nombrado cónsul de Chile. Ese mismo año nace su hija Malva Marina y conoce en Madrid, en casa de Morla Lynch, a la pintora argentina Delia del Carril, que con el tiempo será su segunda esposa. Traduce a William Blake.

1935 Se traslada definitivamente al consulado de Madrid, donde lo acogen los poetas de la Generación del '27. Se publica un Homenaje a Pablo Neruda de los poetas españoles, en ediciones Plutarco. Continúa con sus colaboraciones en publicaciones madrileñas, como la revista *Cruz y Raya*, donde edita las dos primeras partes de *Residencia en la tierra* (1925-1935), en sus Ediciones del Árbol. Sale a la calle el primer número de la revista *Caballo verde para la poesía*, dirigida por él y en la que colaboran los jóvenes poetas de la Generación del '27.

1936 Destituido de su cargo por defender a la República. Oda a Federico García Lorca: «Si pudiera llorar de miedo en una casa sola, / si pudiera sacarme los ojos y comérmelos, / lo haría por tu voz de naranjo enlutado / y por tu poesía que sale dando gritos». En París edita la revista *Los poetas del mundo*. Se separa de María Antonieta Agenaar.

1937 Funda junto con César Vallejo el Grupo Hispanoamericano de Ayuda a España en París. Se reúne el Congreso de las Naciones Americanas para apoyar a la República española. De vuelta en su país fundará y dirigirá la Alianza de Intelectuales de Chile para la Defensa de la Cultura. En Santiago publica la primera edición de su libro *España en el corazón*, por Ediciones Ercilla.

1938 Mueren en Temuco su padre y su madrastra. Escribe *La copa de sangre* e inicia su proyecto de *Canto general de Chile*. Funda y dirige la revista *Aurora de Chile*.

1939 Cónsul para la emigración española, con sede en París. Llega a Francia vía Montevideo para organizar el viaje a Chile de un grupo de refugiados españoles a bordo del buque Winnipeg. Publica el libro *Las furias y las penas*, en la Editorial Nascimento. Se hacen ediciones francesas, rusas y uruguayas de sus versos.

1940 Cónsul general en México. El crítico Amado Alonso publica en Argentina el primer estudio académico importante sobre su poesía, *Poesía y estilo de Pablo Neruda*.

1942 Viaje a Cuba. Muere en Europa su hija Malva Marina.

1943 Publicación en México del *Nuevo canto de amor a Stalingrado* y del *Canto general de Chile*, en edición privada. Viaje a Nueva York. Abandona su cargo consular en México y decide volver a su patria.

1944 Recibe el Premio Municipal de Poesía y ofrece un ciclo de conferencias en Santiago, al tiempo que se publica en Norteamérica una antología de sus versos.

1945 Es elegido senador de la República por las provincias de Tarapacá y Antofagasta. En julio se afilia al Partido Comunista de Chile. Obtiene en su país el Premio Nacional de Literatura, el mismo año en que Gabriela Mistral recibe el Nobel de Literatura. Viaja a Brasil, donde se le dedica un homenaje, de allí sigue a Buenos Aires y Montevideo. Escribe *Alturas de Machu Picchu*.

1946 Condecorado por el gobierno mexicano con la Orden el Águila Azteca. Organiza la candidatura de Gabriel González a la presidencia de Chile. Conoce a Matilde Urrutia. El 28 de diciembre su nombre legal pasa a ser Pablo Neruda.

1947 Se publica en Buenos Aires *Tercera residencia* (1935-1945). Comienza una represión política en Chile contra los comunistas y contra el senador Neruda, tras publicarse en Caracas su *Carta íntima para millones de hombres*, en la que le reprocha a González Videla su política impopular.

1948 En el senado pronuncia su discurso «Yo acuso» contra el gobierno de González Videla. Por este motivo los tribunales anulan su acta de senador y ordenan su detención. Vive clandestinamente en Chile con un nuevo aspecto físico e identidad. Recibe apoyos de diversos países del mundo.

1949 Sale clandestinamente del país a través de la cordillera, rumbo a Argentina. Asiste al Primer Congreso Mundial de Partidarios de la Paz y viaja por vez primera a la Unión Soviética, Polonia y Hungría. Llega a México con Paul Éluard para participar en el Congreso Latinoamericano de Partidarios de la Paz. Su obra se difunde y edita en diversos países, se traduce a muchos idiomas. Se reencuentra en México con Matilde Urrutia.

1950: *Canto general* se publica clandestinamente en México —y también en Chile— con ilustraciones de David Alfaro Siqueiros y Diego Rivera. Viaja por el mundo, desde Guatemala a la India, donde se entrevista con Nerhu. Se publica en numerosos países y lenguas el *Canto general* en ediciones populares de millones de ejemplares.

1951 Sus poemas se traducen, entre otras lenguas, al hebreo, coreano, vietnamita, japonés, árabe, turco, ucranio, uzbeco, portugués, eslovaco, georgia-

no y armenio.

1952 Tras más de tres años de exilio, puede regresar a su patria, una vez anulada la orden de detención contra él. A su vuelta a Santiago lo reciben con grandes homenajes. Se instala en su casa de calle Lynch y viaja por todo el país. Llega a la Unión Soviética como jurado del Premio Stalin de la Paz. Empieza a construir su casa de La Chascona en Santiago de Chile y a escribir las *Odas elementales*.

1953 Recibe en Moscú el Premio Stalin de la Paz.

1954 Dona su biblioteca a la Universidad de Chile. Se crea la Fundación Neruda para el Desarrollo de la Poesía. Publica sus libros *Odas elementales* y *Las uvas y el viento*.

1955 Se separa de Delia del Carril y se traslada a la casa de La Chascona con Matilde Urrutia. Publica prosas diversas en el libro *Viajes*. Realiza más visitas por los países socialistas, además de Italia, Francia, Brasil y Argentina.

1957 Es detenido en Buenos Aires, por lo que se ve forzado a viajar. Vuelve a recorrer, esta vez con Matilde Urrutia, los lugares de Asia en que transcurrió su juventud, como Rangún, Colombo y otras ciudades. Es nombrado presidente de la Sociedad de Escritores de Chile.

1959 Conoce en Venezuela a Fidel Castro. Edición de *Navegaciones y regresos* y *Cien sonetos de amor*. Comienza a construir su casa de La Sebastiana en Valparaíso.

1960 En La Habana publica su libro *Canción de gesta*, en homenaje a la revolución cubana.

1961 En Chile publica *Las piedras de Chile* y *Cantos ceremoniales*. Su libro *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* alcanza el millón de ejemplares publicados.

1962 Es nombrado miembro académico de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile. Nicanor Parra lee su discurso de bienvenida. La editorial Nascimento publica los discursos de ambos en la Universidad. Losada edita el libro *Plenos poderes*.

1965 Es nombrado doctor honoris causa por la Universidad de Oxford. Viaja a Hungría y publica en colaboración con Miguel Ángel Asturias el libro *Comiendo en Hungría*. Es designado miembro del jurado del Premio Lenin, que se otorga a Rafael Alberti.

1966 A raíz de sus declaraciones para una revista norteamericana, recibe una dura carta abierta de los intelectuales cubanos firmada entre otros por Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Roberto Fernández Retamar, que desencadena su ruptura con la revolución cubana. En sus memorias ofrece la siguiente explicación: “Con arrogancia, insolencia y halago, pretendían enmendar mi actividad poética, social y revolucionaria (...) mis palabras y actos contrarios al sistema norteamericano, expresados en la boca del lobo; todo era puesto en duda, falsificado o calumniado por los susodichos escritores, muchos de ellos recién llegados al campo revolucionario (...)”. A su regreso a Chile se casa con Matilde Urrutia. Publica *Arte de pájaros*, en una edición privada e ilustrada, así como *La casa en la arena*.

1967 Se estrena en Chile la obra de teatro *Fulgor y muerte de Joaquín Murrieta*. Se edita *La barcarola*.

1968 Publica *Las manos del día* y la tercera edición de sus *Obras completas* en dos volúmenes. Viajes por América y Europa, donde recibe la distinción Joliot Curie. Colabora con la revista chilena *Ercilla*.

1969 Es elegido candidato comunista a la presidencia de la república.

1970 Se publican *La espada encendida* y *Las piedras del cielo*, y en un gesto de solidaridad, retira su candidatura en apoyo de Salvador Allende, candidato de la Unidad Popular. Tras el triunfo en las urnas de la Unidad Popular, es designado embajador en Francia.

1971 La Academia sueca le otorga el Premio Nobel de Literatura. Inaugura su casa de La Manquel en Normandía.

1972 Tras algunos viajes de su representación diplomática y ser nombrado consultor de la Unesco, cae gravemente enfermo de cáncer y regresa a Chile. Se publican sus libros *Geografía infructuosa* y *La rosa separada*.

1973 Renuncia a su embajada ante el presidente Allende. El 11 de septiembre, un golpe de Estado dirigido por el general Pinochet y apoyado por los Estados Unidos triunfa en Chile y acaba con el gobierno de la Unidad Popular. El palacio presidencial es bombardeado y Salvador Allende, asesinado. Se inaugura un régimen dictatorial que durará hasta 1990. El golpe sorprende a Neruda en su casa de Isla Negra, tomada por los militares. Unos días después, el 23 de septiembre, muere en Santiago. Sus casas de Valparaíso y Santiago son saqueadas. Su último libro publicado en vida fue *Incitación al nixonicidio y alabanza de la revolución chilena*. Póstumamente se publicarán sus memorias, tituladas *Confieso que he vivido*, sacadas del país de forma clandestina y ordenadas por Matilde Urrutia y Miguel Otero Silva. También se publicarán otros libros que había dejado inéditos, como *La rosa separada*, *Jardín de invierno*. *2000*, *El corazón amarillo*, *Libro de las preguntas*, *Elegía*, *El mar y las campanas* y *Defectos escogidos*, con cuya publicación pensaba celebrar su cumpleaños setenta.

PRÓXIMO NÚMERO:

15

DISCURSOS

QUE CAMBIARON LA HISTORIA

Bertrand Russell

"EL PELIGRO DEL HOMBRE"

LONDRES, 30 DE DICIEMBRE DE 1954



"Tres pasiones, simples pero abrumadoramente fuertes, han gobernado mi vida: el anhelo del amor, la búsqueda del conocimiento y una insoportable piedad por el sufrimiento de la humanidad."

BERTRAND RUSSELL